

De la tómbola electorera Un manifiesto de excepción

por

Martin Cruz

LA proximidad de las elecciones ha echado los políticos a la calle, y cotidianamente les vemos, con gestos de mercaderes, pregonar sus programas, como las cualidades de un producto, en demanda del voto apetecido.

Una triste impresión de vaciedad dejan en el ánimo, los menguados oradores de las distintas fracciones en lucha. Cualquiera que sea la filiación partidista, la táctica política, siempre es la misma: denigrar al contrario que pueda competir en fuerza. Y así la lucha parece haberse entablado solamente entre dos fracciones. Las demás, si bien suman una considerable masa de opinión, quedan anuladas gracias a las características de la ley en vigor.

Bien tales fracciones no han emprendido una justa noble de programas de acción, de propósito: a desarrollar en el gobierno; más eficaz les parece el tiroteo de insultos, la mutua precocidad. Así sus respectivos carteles que tapizan los muros de la metrópoli, producen el efecto de una guerrilla de estiercol.

Los unos, oficialistas, faltos de toda idea, de todo programa, insisten con una carnosidad de ebrios en manosear el perdido prestigio de esa pobre virgen presunta, eternamente violada que llaman Constitución. Y bajo de tal amparo, como quien se resguarda del sol a la sombra de un árbol seco, dan rienda suelta a su interesado fetiquismo, esforzándose por divinizar a un ídolo, de burda fectura carnavalesca.

Pocas esperanzas, sin embargo, han defraudado los actores de este tablado; apenas comenzada la representación de su papel, todo el mundo se enteró de la pobreza de sus recursos para el engaño y si continúan la función iniciada es, simplemente, porque hay muchos interesados en que no cese.

La actitud de los otros es bien dolorosa, en cambio. Ellos, han constituido, para la opinión de la mayoría liberal, la única agrupación capaz de preparar, dentro del campo político, el advenimiento de una era más justa y equitativa. Y esa fuerza ha claudicado vergonzosamente echando por tierra todas las esperanzas que en ella se habían fundado. Sin embargo, esta claudicación que dentro de las fuerzas nuevas de la vida política argentina, significaría un verdadero descalabro, acaso sea más aparente que real. Los optimistas vemos en esto sólo la acción de un pequeño núcleo de oportunistas, acción que si logra influir en la marcha de todo el partido, es por la situación encumbrada del grupo claudicante; pero dentro de la masa misma obsérvanse síntomas promisorios de vida nueva y es-

tamos seguros de que esas fuerzas que ahora se advierten vagamente, han de imponerse en un futuro cercano, trazando rumbo definido a ese conglomerado oscilante.

Mientras ese proceso de renovación interna se produzca, este partido se nos aparece en la actualidad como algo lamentable. Y a los que siempre le hemos ayudado desde afuera, vale decir, en la más desinteresada de las situaciones, nos apena, realmente, ver que en momentos en que en todo el mundo se plantean problemas que afectan fundamentalmente la vida de las democracias, insistan aquí los que debían secundar tal movimiento, en reeditar una vieja plataforma que el tiempo ha desteñido y con la cual procuran aplicar un paliativo transitorio a nuestra legislación medioeval.

Pero mientras tal cosa ocurre en la metrópoli, llegamos de una ciudad mediterránea—y esto es doblemente significativo—un reconfortante manifiesto político que sería injusto dejar pasar inadvertido.

Nos referimos al manifiesto del Partido Radical Rojo de Córdoba. Prescindiendo de la parte de politiquería que fatalmente debió de tener, así como del poco de radicalismo que aún queda a la fracción: algún elogio de Alem, «gran tribuno» (sic); y a pesar de que no compartamos en absoluto la solución propuesta: «aplicación del impuesto único»; es de elemental justicia llamar la atención acerca de él, haciendo constar que es el único documento político en que hemos visto plantear, en una forma resuelta y valiente, nuestro problema primordial. Problema que, sin duda alguna, advierten todos nuestros políticos, pero que ninguno se anima a reconocer—acaso por conveniencia personal—en una forma franca y decidida.

Entendemos que el mejor elogio que podemos hacer del manifiesto que comentamos es transcribir en nuestras columnas su parte fundamental que ratificamos en absoluto:

«Salta a la vista la pobreza, la miseria y el malestar existente en nuestras clases trabajadoras.

—¿Por qué existe esa pobreza y malestar entre las clases que son el nervio de la Patria y las que crean su riqueza?

—Porque *«la vida está muy cara»* y *«no hay trabajos»* o *«el trabajo está muy mal remunerado»*. Los obreros lo ven y lo comprenden.

—Y ¿cuál es la causa de la vida tan cara y de la falta de trabajo o de remuneración?

—Porque *«la tierra»* — único depósito de donde el trabajo puede sacar todas las cosas necesarias para la vida de todos los

hombres — *«es propiedad particular o privada de unos pocos individuos»*, que la han acaparado o monopolizado, *«impidiendo trabajar a los demás»*, especulando con ella, y cobrando lo que se les antoja por precio o por arriendo. Y así, al subir el valor del medio *«necesario e irremplazable»* de toda producción, las cosas producidas suben fatalmente de precio. Las tierras caras dan productos caros.

Y como el resto de los hombres—que es la inmensa mayoría,—no puede adquirir tierras porque *«no tiene sino brazos y necesidades»*, — se ve forzado a vender su trabajo, su libertad, y a veces hasta su dignidad y su honor, para conseguir el sustento, — lo indispensable para no morir.

Y son tantos los que no tienen más que sus necesidades y sus brazos, tantos los que disputan cada día un puesto de trabajo,— que los que pueden darlo y pagarlo (a ese trabajo), exigen lo más que pueden y pagan lo menos posible a los trabajadores, cuando les hacen el favor de colocarlos; llegando así a salarios de hambre—cuando no de infamia— para el obrero y su familia. «Por esto bajan los salarios»; por el monopolio de la tierra y la competencia que se hacen los trabajadores que no tienen tierra.

Al elevado precio de la tierra monopolizada, que encarece enormemente las subsistencias, se agregan los impuestos, *«patentes y derechos, las aduanas y otras expropiaciones»*, — que dificultan la libre producción y la competencia libre en el comercio, *«impiden trabajar»* y *«elevan más el precio de lo que el pueblo produce y consume»*; aumentando indefinidamente los cuantiosos gastos de las recaudaciones fiscales y la extorsión de «los intermediarios».

De lo muy poco que el obrero gana, entega la mayor parte al terrateniente por alquiler (o renta), al intermediario por «ganancias» (!) y al fisco, de tres cabezas (nacional, provincial y municipal) y múltiple dentadura, por impuestos.

Y esos impuestos se invierten en servicios y obras públicas que, con el progreso y aumento de la población entera, con el crecimiento gradual de las familias obreras — que constituyen la mayoría de la población, — elevan más y más el precio de las tierras, *«en beneficio exclusivo de los privilegiados»* terratenientes, que se enriquecen a costa ajena. Y *«es la tierra»*, ese valor que el pueblo crea con sus gastos y con su esfuerzo, *«lo único que no paga impuesto alguno nacional»*, y los municipales y provinciales que soporta son insignificantes. Mientras el obrero paga de su salario, en el pan, un impuesto del doscientos por ciento, o sea *«el dos mil por mil»*, el más alto impuesto de contribución a la tierra, valorizada por el pueblo (la contribución directa), es del *«siete»* por mil.

De ahí que los terratenientes, sin trabajar en nada, o haciéndose políticos, se enriquecen cada vez más a costa y con el sudor y el sufrimiento de los trabajadores; mientras éstos, los obreros, se empobrecen cada vez más y más en beneficio de los terratenientes.

Abusar de las palabras

por

C. Villalobos Domínguez

HOY que se crean sociedades para todo, se podría crear también una Sociedad de Amigos del Diccionario, cuya misión consistiera en parar los pies a los que se paseen en el uso del léxico, que es patrimonio común.

El largo discurso del Sr. Bunge, sobre el desajuste educacional le daría tarea para ocho o diez sesiones. (Y aquí tropezamos con un grave inconveniente; pues tal sociedad sería la primera en delinquir contra sus propios fines; por cuanto en ella, como en todas habría discusiones largas y hechos cortos. Retiro la propuesta).

Hay, en efecto, oradores que fían mucho en la acción que, como masa bruta, pueden producir sus palabras. Parecen seguir la escuela del estado mayor alemán. De quien se decía al comienzo de la guerra, que calculaba en toneladas de soldados los contingentes necesarios para tomar tal o cual posición militar.

Recuerdo un soporífero discurso del entonces diputado Peña, replicando a otro muy bueno de Justo sobre el presupuesto (después de la tercera reprise ya no me ha parecido tan bueno, que duró y aguanté, durante ¡seis! horas).

Los diarios lo llamaban al día siguiente «gran discurso». A mí, que lo soporté, me pareció también más que grande, enorme, inmenso, infinito, colosal!

Es la escuela del burro grande, ande o no andes.

Pero no estrictamente precisamente sobre su dimensión, las principales observaciones que el discurso del rubio y laborioso legislador me sugieren. Es asunto de mucha más importancia, si el lector conviene conmigo (supongo que sí) en que el pensamiento es cosa importante; que las palabras son el principal vehículo conocido para transmitirlo; y en que desnaturalizar y prostituir su significado, es desnaturalizar y prostituir el pensamiento mismo.

Todos tenemos interés en que no se desvirtúe ni adultere el significado establecido para las palabras, como lo tenemos en que no se adulteren los alimentos con drogas extrañas, o la moneda con emisiones falsificadas, porque con eso se introduce el desconcierto y se perjudica al verdadero valor de las genuinas.

Cuando se dice que una institución es una escuela de corrupción e intriga y tiende a ser una escuela de hipocresía y espionaje, debe tenerse presente el significado de las palabras: *corrupción*, *intriga*, *hipocresía* y *espionaje*; y cuidar de que sean las ajustadas a las cosas, y, naturalmente, estar en condiciones de probar y demostrar que esos son efectivamente los nombres que les corresponden. Porque dar los nombres en un discurso, e imprimirlos en negrita en «La Vanguardia», y luego no demostrarlo, —por más eficacia electoral que pudiera alcanzarse sobre la mente de los lectores que sólo leen la negrita, o los muchos más que carecen de sentido crítico, — no pasaría de ser un cuento del tío... gramatical.

Dice por ejemplo el diputado Bunge que cierto inspector le llevó datos que él no solicitara y que el presidente y vocales del Consejo manifestaron saber de esa entrega de datos a Bunge. Y éste deduce: «Quiere decir que el Consejo tiene montado el espionaje, no sólo en sus oficinas, sino en

el propio Congreso de la Nación. ¡En chismes y espionajes de esta clase se ocupa el Consejo Nacional de Educación!».

¡Está seguro el diputado Bunge de que así como él no solicitó esos datos que obtuvo, pudo muy bien el Consejo haber recibido los suyos sin solicitarlos tampoco, y mucho menos como resultado de un espionaje organizado? No lo demuestra, por lo menos; y si es cierto que a cualquier ciudadano sin inmunidades parlamentarias se le podría conducir a los tribunales por hacer, sin pruebas designaciones de esa clase, y a un diputado no, tenía la obligación de darlas, porque la Constitución no le inmuniza contra la crítica de la opinión inteligente.

Dice eso, sin embargo, y guardándose igualmente tras una banca, habla, con la misma inconsistencia, de *psiquis* ordenadas por el presidente del Consejo.

En otro caso dice que «la inspección de escuelas militares y nocturnas es una reparación clandestina (Clandestino: del lat. *clandestinus*: secreto) «pero que funciona a la vista de todo el mundo» (!!!). Y esto para persuadir de que aquello del Consejo es una escuela de corrupción e intriga.

Otra cosa: «El Consejo ha fracasado en la bella y grande misión de difundir escuelas por todo el país. Y más abajo dice que en 1916 tenía el Consejo en provincias 1348 escuelas y que en 1919 tiene 2529. Es decir que, en números redondos, ha creado otras tantas como las que había. ¿Dónde está el fracaso?».

Quiere Bunge especificarlo más abajo, diciendo que algunos gobiernos provinciales, al ver que el Consejo Nacional les iba instalando escuelas en sus respectivas provincias, aprovechaban la circunstancia para suprimir algunas de las provinciales, que ellos deben costear. Con todo, las suprimidas, según Bunge, son 343, que restadas de las 1181 creadas por el Consejo, siempre dejan un saldo de ventaja de 838... que son uñas cuantas.

Y aunque así no fuera: ¿qué culpa tiene el Consejo de lo que hagan o dejen de hacer los gobiernos provinciales, sobre los que, como sabe Bunge, no tiene jurisdicción?

Recuerdo haber oído contar que cuando aparecieron los primeros fósforos en España, se le hacía al nuevo y utilísimo producto, como propaganda de desprestigio, la de decir que eran venenosos. Pero un industrial ingenioso y lógico, apellidado Cascante, se defendió eficazmente con la siguiente cuarteta:

«Si porque ha perdido el seso se suicida un amante
¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Ca-cante?».

De manera que aunque Bunge diga que el Consejo no ha creado nada «en realidad»; yo le digo que, según sus propias cifras, ha creado 1181 realidades. Parece que en realidad, son más aún, y se ha hecho ese aumento sin aumentar el personal administrativo.

«Los útiles se distribuyen sin fiscalización de ningún género y llega a tal punto el abuso, que se obliga a los maestros... a firmar sin observación los formularios de recibo que se les envía, aunque falte en realidad la mitad o más de los útiles que

figuran en esos recibos. Así dice Bunge con toda frescura, y resulta que lo que acontece, y Bunge no ha podido contradecir convincentemente, es que como suelen ir en bultos diferentes las mercancías, se les dice a los directores que no devuelvan la planilla hasta no recibir el completo del envío. ¿Por qué no se ha informado antes de acusar y por qué no ha informado el sentido de las palabras, sin fiscalización de ningún género, abuso, obliga, sin observación, y realidad?».

Llama *malversación* al hecho de haber subvencionado el Consejo (por razones de emergencia) a las escuelas de Morris, primero, y a las de la Conservación de la fe, después; aunque Bunge, *diablastamente*, trueca el orden al mencionárselas. Yo advierto que no tengo ningún interés ni gusto en que la fe se conserve, pero no hay derecho a falsear tendenciosamente la cronología. Bien: *malversación* significa disponer ilícitamente de caudales ajenos que administra uno; y el Consejo ha dispuesto de ellos *legalmente*, según un artículo que le autoriza a «auxiliar... las asociaciones... cooperadoras de la educación». Así lo cita Bunge. De esas dos asociaciones una educa a 6000 niños y la otra a 7000.

«¿Son esas escuelas acaso cooperadoras de la educación común?—pregunta Bunge— y se contesta: «Evidentemente no». Yo me permito opinar que educar a 13.000 niños es cooperar a la educación común.

Yo creo, como Bunge creará, que conviene poner más escuelas y mejores que aquellas para lograr, indirectamente y sin violencia, que se cierren, tanto las de la Conservación como las de Morris. Pero ayúdalas ocasional o permanentemente, podrá llamarse de varios modos, pero no *malversación*. Esto y no aquello es un *afalseamiento sistemático*, como también lo es afirmar que porque un inspector desmiente un informe propio, ha de ser, necesariamente, porque se le aplicó el *torriquete*.

Según Bunge todo aquello es un *desajuste*, bien que a pesar de todo, las escuelas dejan en conjunto una *buenísima impresión*, y se puede suponer que las de provincias *no han de ser del todo malas*, pero eso es debido, según él, no a la Dirección del Consejo, «sino a la buena voluntad de la mayoría del personal docente».

¿Cuántos posibles votantes habrá entre el personal docente? El, que es hombre de estadísticas, ha de conocer la cifra.

Signen cincuenta cosas así, igualmente ilógicas que no hay razonablemente sitio para analizar. Censura una antipática orden de verdadero espionaje sobre las ideas

De Almafuerle

Las fiestas carnavalescas no son precisamente reminiscencias paganas, aunque mucho de paganas tengan: son grotescas y pornográficas invenciones de los cortesanos papalinos de la Roma teocrática.

La humanidad actual no necesita que le señalen tres días del año, para ser bestialmente libre, después de haber sido los trescientos sesenta y dos días restantes bestialmente esclava.

El pueblo ha adquirido a través de los siglos, una moralidad media más alta, muchísimo más alta, que la de los señores cardenales y obispos católicos que le invitaban a la locura y al libertinaje dentro de los propios templos de Jesús.

del personal, que fué, en ausencia del Presidente, obra del vicepresidente Ayerza (el mismo que firmó las denegaciones de reconsiderar el caso Steinberg) y a quien sin embargo encomia mucho Bunge y le llama «mi querido maestro», muy satisfecho, por lo visto, de ser astilla de aquel palo. A una defraudación de mil pesos, descubierta y castigada hace tiempo por el Consejo, la señala como consistente en *varios millones de pesos*. Un millón son mil veces mil.

Dice también que ese Presidente y ese Consejo, que se ponen a la disposición de cualquiera que desee comprobar o rectificar algo, es un Consejo que demuestra temor a la crítica pública y al conocimiento de sus actos internos. Y después de afirmar arbitrariamente que el Consejo es un foco de malversaciones crónicas y escándalos, que han ocurrido en él *robos de la mayor gravedad* y que para ocultar esos robos se

ha llegado al incendio y al asesinato—frases que por más inconsistentes que sean, si se imprimen en titulares del cuerpo 24 en «La Vanguardia» o en «Tribuna Popular», son de gran efecto electoral,—el hombre se extraña e incomoda porque no es contestada con cumplimientos su *levantada e impersonal requisitoria* (!!!).

Aunque quizá todo esto sea secundario para el señor Bunge. Su período de diputado concluía; y para contrarrestar ante sus correligionarios el desprestigio ocasionado por su germanofilia, le convenía dar un golpe de efecto, aunque fuera con motivos falsos. Su discurso lo dijo el 23 de enero. La asamblea socialista para elegir candidatos debía reunirse (y se reunió) dos semanas después. Salíó tercero en la lista. El discurso tuvo efecto ante los correligionarios.

Pero esto no me interesa. Yo estoy tratando de asuntos idiomáticos.

Respuesta

La Liga Patriótica Argentina

V

Señor Francisco de Aparicio.

De mi consideración:

Misión de las minorías intelectuales.

El único derecho que asiste a las minorías intelectuales o instigadoras es definir su ideal, predicarlo, para que ese ideal produzca en las conciencias los cambios deseados, la evolución o la revolución interior. El ideal así definido será, sino unánime, el de la mayoría y la causa razonable de la revolución exterior.

Lo más nuevo no es, necesariamente, lo mejor. Los conceptos no serán quizá los más nuevos, pero no han sido sustituidos científicamente por otros mejores. Las minorías impacientes atacan con ímpetu alarmante los principios democráticos, porque consideran que las mayorías inertes no tienen razón para defender el impulso de las minorías activas, nervio motor de las grandes transformaciones del progreso humano.

No creo, sin embargo, razonable pretender que un estado social que hace la felicidad de la mayoría o, por lo menos, que la mayoría cree insuperable en cuanto a bienestar individual y colectivo, debe cambiarse por otro estado que haga la felicidad de una minoría por más ilustrada y progresista que sea.

¿Que la minoría es la depositaria de la razón?

Pero es que Hegel dijo que, después de la revolución francesa, «la cabeza gobernaba el mundo», como afirmando que el régimen establecido después de aquella, obedecía a la inteligencia, a la razón pura. Federico Engels transcribe en «Socialismo utópico y socialismo científico» un párrafo interesante de aquel filósofo; lo repito aquí:

«Sobre la idea del derecho ha sido ahora establecida una constitución y en ésta se basará todo en adelante. Desde que el sol brillaba en el cielo y los planetas describían su órbita en torno de él, nunca se había visto al hombre levantarse sobre su cabeza, esto es, basarse en el pensamiento y construir a su semejanza la realidad. Anaxágoras fué el primero en decir que el pensamiento gobierna al mundo, pero sólo después de la revolución francesa el hombre ha sido capaz de comprender que el

pensamiento debe gobernar la realidad intelectual.....; el entusiasmo de la razón conmovió el universo, como si la reconciliación del mundo y la divinidad se hubiese realizado.

Todas las formas de la sociedad y de gobierno ya constituidas—dice Engels, comentando la revelación revolucionaria—debían ser relegadas al olvido por opuestas a la razón; hasta entonces el mundo se había dejado llevar por miserables preocupaciones; el pasado no mereció otra cosa que compasión y desprecio. Entraba el reinado de la razón en el cual las supersticiones, la injusticia, el privilegio y la opresión iban a ser desterrados por la eterna verdad, por la igualdad fundada en la naturaleza, por los inalienables derechos del hombre.

La razón reinaba sobre lo que podía reinar, lo que veía y sentía, pero no sobre lo que se le ocultaba y seguiría ocultándose. Desaparecían injusticias, privilegios, opresiones, pero dejando algunos gérmenes en la subconciencia de los hombres.

No es cierto que la razón, exclusivamente, sea capaz de reinar ni de hacer la felicidad de los hombres.

¿Cómo ha de exigirse a la sociedad, ente mucho más complejo, lo que no puede exigirse al individuo? Este obra, a pesar de la razón, contra su propia vida. El alcohol y el tabaco minan su existencia, él lo sabe y sigue fumando y bebiendo. Hábitos seculares, pasiones, sentimientos, tendencias agitan el espíritu y lo orientan, muchas veces, contra la razón. Para que la razón actúe en el orden social tiene que haber inducido un sentimiento.

Los sabios razonadores pueden conocer al detalle los secretos de la vida celular, jugar con los átomos, abarcar el firmamento, historiar la vida del hombre y sus instituciones y no poseer ese don especial de penetración de la conciencia humana para advertir los cambios de estado y la oportunidad de modificar las relaciones externas que gobiernan la vida colectiva. Si no es la razón la única fuerza que gobierna, si consultada únicamente la razón no obtiene éste la felicidad que anhela, si el erudito, el sabio, el genio no son los más aptos para interpretar el alma, porque, precisamente, ellos suelen poseer debilitados ciertos sentimientos predominantes en el agregado social a que pertenecen, ¿con qué derecho y en virtud de qué principio se ha de constituir una

minoría, aún en el supuesto de que estuviera formada por los elementos más ilustrados, en gobierno absoluto, para imponer lo que ellos interpretan que es su felicidad o la felicidad de los demás?

Lo curioso del caso es que esa minoría que persigue la tiranía de un grupo está constituida por elementos que conciben la organización social en forma absolutamente opuesta, pero cada uno de ellos se cree dueño exclusivo de la verdad. La razón está de su parte. Más aún; hay algunos que ubican su petulante seguridad, alternativamente, en doctrinas contradictorias, con reducido intervalo.

¿Cuántos hombres de talento hubieran impuesto sus ideas a sangre y fuego teniendo-as por la evidencia pura y luego el mayor conocimiento de la vida les ha revelado su error!

«La generación actual — dijo Bakounine — debe destruir todo lo que existe, sin distinción y ciegamente, con este pensamiento único: lo más posible y lo más ligero posible. Veneno, puñal, etc., todo es lícito. La revolución santifica todo en su dominio. El campo está, pues, libre».

Comprendemos la revolución en el sentido del desencadenamiento de lo que se llama hoy las malas pasiones y la destrucción de lo que se llama, en la misma lengua, «orden público».

Esta concepción de Bakounine fué difundida hace algunos años por Europa y abundaron los fanáticos que la llevaron a la práctica, causando mucho dolor humano. Sin embargo, aquella convicción del célebre anarquista, que debió ser muy profunda, vaciló y desapareció. Más tarde reprobó enérgicamente esos procedimientos criminales y declaró haberse dejado engañar. El fanático Netshajeff tenía la culpa.

¿Quién suprime el dolor sufrido, la sangre derramada, las vidas tronchadas?

Lo cierto es—mi estimado señor Aparicio—que el bien y el mal, lo justo y lo injusto son conceptos relativos, que cada cual interpreta a su manera y cambian con el tiempo y el espacio. Una manera de interpretar las cosas coincide en muchos individuos, por convicción, por efecto de la prédica, por analogía, simpatía o contagio. Pero es, sin embargo, casi imposible, que un criterio sea unánime. Cuando hay que resolver una cuestión que afecte a todos, no se presenta otra solución más razonable, más justa, que auscultar la voluntad del mayor número.

El sufragio dirá la verdad del lugar y del momento.

Las últimas elecciones celebradas en Francia han sido una ratificación de este buen sentido. El triunfo de los elementos democráticos ha demostrado que, a pesar de la violencia física y moral de los anarcosocialistas, el pueblo no quiere abandonar la senda del orden y de la evolución, quizá lenta, pero segura, para entregarse a ensayos propios de la academia, de la novela, pero no para ser realizados en la carne del pueblo expuesto a perder su tranquilidad en cambio de promesas que no están en armonía con las condiciones naturales actuales del hombre y de su estirpe.

Los pueblos, como el nuestro, organizados democráticamente, no deben ser perturbados por la violencia en su evolución y desarrollo. Iluminese el espíritu de los hombres, nutrase de conocimientos y predíquese la manifestación consciente de su voluntad mediante el sufragio universal y, en su oportunidad, se tendrá la evolución o la revolución deseada. Por la educación y el voto se llega a cualquier transformación en nuestra organización social y política.

Rodolfo Medina

Notas de veraneo

Quince días entre salvajes

por

Leopoldo Hurtado

La llegada

Apenas habrá persona a quien el nombre de Mar del Plata no evoque algo sumptuoso. Imaginará en seguida rumbas inmensas, palacios resplandecientes, explanadas magníficas. Y bien; el desprevenido veraneante llega a un mal galpón que ostenta el nombre sonoro, rodeado también de un mísero rancharío, y apenas puede dar crédito a sus ojos. La visión huye como por encanto, los palacios se disuelven, la explanada se evapora y nuestro hombre empieza por hacer una primera comprobación interesante: que Mar del Plata es lo que menos se parece a sí mismo.

Toda la ciudad parece construida como para dar la idea al forastero de que si bien en uno de sus costados está el mar, este accidente carece de importancia para ella. Creyérase que sus fundadores tuvieron el cerebro reticulado, tan absurdo resulta su trazado de riguroso damero, con lo cual han conseguido aparejarla a todas las demás ciudades del país. Han cuadrículado todos los accidentes naturales, en vez de accidentarlos más todavía, y si no han cuadrículado el mar, es porque no han podido conseguirlo. En cambio, hay muchos edificios que para respetar el trazado, tienen que presentar el flanco al mar. Es que para la casi totalidad de los veraneantes, el mar es sólo el telón de fondo de la tonteía colectiva.

Ricos y pobres

Si nuestro personaje pudo imaginarse algo, de seguro habrá creído esta ciudad un centro aristocrático, cerrado, exclusivo; monopolizado por los felices detentadores del oro y el poderío. Lo habrá creído el paraíso de aquellos a quienes sobra el dinero y el tiempo, e inmediatamente habrá pensado en la injusticia social, en la existencia de las clases privilegiadas, etc. Y no hay tal. No bien llegado a Mar del Plata, se convence de que aquí viene todo el mundo, no sólo al que le sobra dinero, sino, también al que le hace falta; que en resumidas cuentas, es el veraneo más barato a que puede aspirar un pobre y acaba por pensar, ya más reconciliado con el ambiente, de lo que sería la suerte de los pobres si no existiera Mar del Plata...

Aristocracia y democracia

Llegará también nuestro hombre, firmemente convencido de que esto es un círculo estrechamente aristocrático, hermético; que deberá cambiar de traje tres veces por día y beber cocktail. Y bien, yo quiero encargarme de demostrar que Mar del Plata es la ciudad más democrática de la República.

Y lo es, porque aquí se presenta la única oportunidad para el pobre de codearse con el millonario, de hacer su misma vida, y frecuentar los mismos sitios. En Buenos Aires no sucede eso; si en algo roza el rico con el pobre, es para echarle barro a la ropa con las ruedas de su automóvil. Aquí sucede todo lo contrario: el hortera, el artesano, el burócrata, se codea todo el día con el más afortunado heredero de los bienes de su papá, a punto tal, que no hay mejor sitio para conocerlos.

Y al mismo tiempo, al rico le es tan necesaria esta compañía del pobre, que no puede prescindirla. Esto se ve con el baile. ¡Créas que los ricos se reñen para bailar — su mayor actividad intelectual — en algún sitio cerrado, cuidadosamente vedado a la curiosidad popular! Nada de eso. Lo hacen aquí en plena rambla, para que yo y usted los veamos, es decir, para darnos un espectáculo a los pobres. Y es que los ricos se desviven por darnos espectáculos a los pobres, aquí y en todas partes.

—Esto es completamente democrático, como en la Iglesia,—dice uno.

—No, le contesto, porque en la Iglesia, existe también una diferencia entre el rico y el pobre, que consiste en su fundamentaria. La igualdad de los pecadores ante Dios ahí se quiebra. Las mujeres saben que si algo las distingue en la iglesia es la elegancia, y por eso echan el resto para ir a misa. Dios es el principal culpable de las extravagancias de la moda.

Eso no sucede aquí. Tan dandy va el necesitado como el pudiente, y si algo podría distinguirlos, como ser el buen gusto, tan falta de ello andan el uno como el otro. Si os pusierais a distinguir a los ricos por el traje, correríais el riesgo de creer millonario a vuestro propio peluquero. No; todo aquí está nivelado en una democracia bajo el patrón típico de la vanidad.

Otro gran elemento democrático hay, y es el mar. En el mar no hay ricos y pobres que valgan. Es la única parte del mundo donde las mujeres feas son feas; las gordas, gordas, y las viejas, viejas. Allí todo afeite desaparece, y se exhibe al natural ya sea la fealdad repugnante o la belleza resplandeciente. Y este predominio es perfectamente democrático, pues consiste en el triunfo de las condiciones naturales.

Actividad y descanso

Nuestro feliz veraneante se habrá hecho el propósito de descansar, de almacenar energías para soportar la vida de Buenos Aires. Y al llegar se encuentra con que la actividad bonarenense es una delicia comparada con el trajín veraneigo. Y es que en eso consiste el verdadero descanso. No sé si el lector recordará el cuento del burro empacado, a quien sólo se puede hacer andar poniéndole una carga tres veces más grande. Lo mismo sucede en esta ciudad. La energía no le viene a uno del descanso, como se pretende, sino de la mayor actividad. Suspiro por mi descansada vida de ciudad y cuando vuelvo a ella, el acostumbrado trabajo me parece molición, en relación al trajín de balneario. Aquí se trabaja hasta el agotamiento, y muy allí; pagando caro por ello.

Huesos y tango

Chapadmalal es uno de los grandes espectáculos de por acá: verde profundo y azul cobalto el mar; ocre violento el acantilado a pico; claro y difuso el cielo purísimo. Y abajo, en la entraña misma de la tierra, huesos; enormes huesos de la época terciaria, que de tan viejos se pulverizan con la misma tierra. De entre la greda maciza van saliendo, sucios y deformes, cráneos, fémures, mandíbulas. Os pa-

rece, al quebrarlos en vuestras manos, que recién ahora acaba de perecer el animal a que pertenecieron. Estáis tocando, actuando en la antigüedad remotísima, y esto de sentimientos contemporáneos de las edades primeras es la más rara emoción de todo el veraneo. Y os dáis a pensar en estos hombres peludos que pasearían gravemente por la rambla del terciario, o bailarían, con la habitual indecencia, un tango en el «Odeón» prehistórico...

El mar

Doy al mar el sitio que generalmente se le da aquí: es decir, el último. Apenas si se ocupan de él, como no sea para la higiene. Y no espere tampoco el lector una brillante descripción de tan gran elemento. No pudiéndolo hacer mejor que Víctor Hugo, a él remito el lector honradamente.

Lo que sí me ha preocupado, es averiguar por qué la gente, a la que no interesa el mar, tiene tanto afán por llegar a él; y he conseguido hallar de que el mar interesa no como espectáculo, sino como límite. Y eso sí que preocupa a la gente: llegar a un límite cualquiera, así sea en una montaña como en las rocas de la costa. El mar está diciendo siempre: de aquí no se pasa; y esto satisface plenamente el ingenio romántico del público. Si sobre el mar se pudiera caminar o ir en coche, perdería de súbito gran parte de su valor. En pudiendo seguir, Mar del Plata no contaría hoy con tantas mujeres lindas y con dos ruletas; sería un pueblito como los que hemos dejado atrás, precisamente porque se podía seguir, porque no habíamos llegado a un límite.

Mar del Plata, febrero de 1920.

Contra el feminismo

EN el número 234 de «La Nota» la señorita Lola Piña Martínez, con deferencia — y hasta con cariño — házme algunas reflexiones acerca de mi artículo contra el feminismo aparecido en CLARÍN.

Y ahora, sin intención de polémica — que no me resultan — y sobre todo agradeciendo a aquella señorita sus conceptos, van estas líneas por si algo pueden ampliar lo anteriormente escrito.

Voy contra el feminismo agrupación. Contra los centros feministas. Se me ocurre que yendo a ellos la mujer — si bien dejó de ser muñeca e inconsciente de la casa o del marido — resulta muñeca de esos centros con leyes y reglamentos. Al igual que los nombres que se rotulan en un partido político. ¡Como que todos los marcos son derechos!

Se me dirá que la unión hace la fuerza, y yo creo que sí; pero la unión hace la fuerza bruta la fuerza material. La fuerza interior, la fuerza individual, aquella que necesitan las mujeres para su felicidad y la del hombre; la fuerza interior que da la libertad única — que no la da el gobierno ni las leyes — esa la obtiene por esfuerzo propio, sola, ¡sola!alzada sobre sus propios dolores, la mujer.

A eso voy yo. Si — como se me ha indicado — hay leyes — divorcio, sufragio, etc. — que beneficiarían a algún ciento de mujeres desgraciadas, que vengan en hora buena. Pero eso será un detalle, un remedio aplicado para días. ¿Y luego? Yo voy más

lejos y más directamente. Empiezo por hacer la mujer individual. Los centros feministas las rotulan.

Y empiezo donde otros no alcanzan a llegar: pregonando el amor libre. Pero un amor libre, de sentimientos y no de instintos. Un amor libre que sea la unión de dos seres — compañeros en la vida — mediante la ley del amor, de la voluntad, del

deber, del respeto mutuo que son las más grand's de las leyes.

Amor libre: él, fuerte y altivo, de pie ante la Vida — como deben estar, todos los hombres; ella, fuerte y digna, de pie también ante la Vida, pero apoyada en él como deben estar todas las mujeres, hecha una blanca paloma de amor y paz.

Herminia C. Brumana

Notas de arte

Una comisión original

por

Francisco de Aparicio.

LOS que miramos con un criterio de absoluta imparcialidad la marcha del País, veíamos con creciente asombro que el flamante Intendente Municipal, contrariamente a lo que podría pronosticarse por su filiación política, no hubiera aún cometido ningún yerro de importancia; antes bien, hacía concebir esperanzas de tener un concepto claro de los problemas comunales.

Sin embargo, el reciente nombramiento de una comisión, encargada de dictaminar acerca de la ubicación de las obras de arte existentes en la Capital, nos ha clavado la primera espina de la duda.

Si como propósito, tal hecho enaltece mucho al doctor Cantilo, la elección de las personas que integran dicha comisión, revela un desconocimiento absoluto de nuestra vida intelectual.

El doctor Cantilo ha nombrado una comisión de cinco miembros encargada de dirigir la ubicación de los monumentos en los paseos de la ciudad y veamos con qué poco acierto. Parece que esa comisión ha querido constituirse así: dos miembros de la Comisión Nacional de Bellas Artes, un funcionario municipal y dos particulares.

De la primera institución se ha elegido al presidente, don Martín S. Noel, arquitecto, y a don Ernesto de la Cárcova, pintor. Pase el primero por presidente y por arquitecto, pero ¿con qué criterio puede elegirse el segundo para un fin netamente escultórico, cuando existen en la citada Comisión dos escultores de valía, y uno de ellos, Irurtia, la figura más representativa de nuestro arte?

El funcionario municipal no podía ser otro que el director de paseos, sin embargo, se lo ha suplantado por el director de obras públicas! Fácil es presumir el motivo de esta cuerpeada; todos sabemos qué jugo da el actual director de paseos pero su colega, ingeniero, tampoco ha dado hasta ahora al público prueba alguna de su capacidad estética. ¿No hubiera sido un rasgo honroso para el doctor Cantilo el haber designado al ingeniero Benito Carrasco — que aun cuando no pertenece a la Administración — es a quien le corresponde en justicia tal cargo, puesto que, sin duda alguna, es el funcionario que más ha hecho por la cultura artística del pueblo de nuestra ciudad?

A pesar de todo, en los particulares es donde está lo gordo.

Julio Peña y Augusto Coelho se llaman las personas designadas. Dase uno, lógicamente, a recorrer los nombres de nuestras personalidades intelectuales más destacadas y se frunce el ceño ante este par de anónimos. ¿Alguna vez, en secreto, ha-

brán dado forma a una figura, entonado un pasaje o escrito una página de crítica? No. La explicación parece ser otra. Si tales nombres son absolutamente desconocidos dentro del mundo intelectual, tienen, en la Municipalidad, alguna relación con el Arte... municipal. El primero fué encargado durante la funesta administración de don Joaquín Anchorena de adquirir en Europa estatuas para nuestros paseos, y aunque nunca se ha hecho público el resultado de su gestión, lógico es suponer que tengamos que agradecerle buena parte de los adioses que hoy comprometen, desde sus pedestales, la cultura nacional, con evidente agravio de la pléyade de escultores de talento con que hoy cuenta el País.

El señor Coelho es un ejemplar pintoresco de millonario inculto. Hemos podido apreciar detenidamente, en Morón, un palacio suyo que es toda una página de sociología argentina; es la representación material del tipo más común de nuestros ricos.

Y al señor Coelho le viene la designación porque ha tenido la audacia de regalar a la Comuna, obras que él llama de arte. Y esto no es tolerable. Aquel que no es nada más que adinerado, no puede, legítimamente, dar otra cosa que dinero; así proceden, por lo común, esos yanquis que aspiran a sentar fama de filántropos; dan los medios para que los capaces realicen obras de cultura. Y el ornamento de una ciudad es problema harto complicado, para que lo resuelva un banquero cualquiera.

Ahora señor Intendente, en salvaguardia del prestigio intelectual del País y atendiendo a elementales razones de civilización rogamos a usted.

1.º Que rehaga ese nombramiento, integrando esa comisión, exclusivamente, con especialistas en la materia.

2.º Que en su calidad de presidente de esa comisión, procure que se rechacen esas reducciones Canova donadas por el señor Coelho, no sólo porque una reducción es siempre cosa industrial, por perfecta que sea sino también porque los propios originales de esas obras serían ya un presente griego para nuestros paseos, y como sa-

En la alta sociedad inglesa está prohibida, por principio, la investigación del origen de las grandes fortunas de sus miembros. Un sociólogo posimista ha dicho: «En la raíz de los patrimonios de millones hay siempre algún crimen».

Max NORDAU.

bemos que poco ha de valer para usted una afirmación así salida de nuestra pluma, remitámosle a la autorizadísima de Salomón Reinach.

Finalmente, que elija usted para esa comisión personas que no tengan miramiento alguno en eliminar toda obra mala que ella encuentre en nuestra ciudad, aunque reduzca a la cuarta parte las que actualmente existen.

Crea, doctor Cantilo, que si usted ordenara, por ejemplo, que esa famosa «Alba» de Peynot que ultra la plaza Rodríguez Peña, fuera dividida en unos diez trozos de mármol que se donaran a otros tantos escultores nuestros, usted uniría para siempre su nombre a la historia de nuestro arte, no sólo porque eso sería convertir un bloque de merengue importado, en diez esculturas argentinas, sino también porque ello implicaría el más inteligente desparpate de independencia intelectual.

Los falsos liberales

HACE ya algún tiempo — y muy a pesar mío — que estoy en deuda con los heroicos compañeros de CLARÍN.

Escribir un artículo, un comentario, o un suelto de actualidad, no es, en verdad, mucho trabajo. Más, mucho más me cuesta encontrar un justificativo para no escribirlo.

Pero, sea porque estas vacaciones que se van terminando, contribuyen para que compla con más gusto la ley por la cual tendremos al menos esfuerzo, o sea porque mi habilidad es extraordinaria para encontrar motivos que merecen justificarse; lo cierto es que hasta la fecha el artículo lo he llevado en la cabeza, y como comienzo ya a sentir su peso, me decido ¡por fin! a escribirlo, es decir, a traspasar ese peso a alguno de los buenos lectores de CLARÍN.

Y vuelvo a las palabras del título: Los falsos liberales. Los falsos liberales existen entre nosotros como en todas partes. Tenemos falsos liberales, como tenemos falsos católicos, como tenemos falsos judíos, falsos escritores y falsos poetas.

No todos se resignan a ser lo que pueden ser; lo que deben ser. Se desea generalmente, por conveniencia o por vanidad, aparentar lo que no se es. De ahí los falsos apóstoles, los falsos maestros, los falsos liberales de quienes, desde hace mucho tiempo, me quiero ocupar para sacar del asombro a los que se extrañan ante la metamorfosis que experimentan muchos.

¿Quénes son entre nosotros los falsos liberales?

No es fácil determinarlos. Hay muchos y por diferentes modos han llegado a serlo. Algunos pertenecen a los que a última hora llegaron a las filas liberales, sin saber a ciencia cierta qué es lo que anhelaban esas agrupaciones de jóvenes estudiosos que edtaban revistas y periódicos y estaban siempre con las iniciativas liberales y frente a la reacción, por momentos, triunfante.

La crítica a la reacción que en toda oportunidad hicieron esas revistas y periódicos los indujeron a acompañarlas, no para conyugar en la obra liberal, sino para no quedar en ridículo.

Solamente así se explica que muchos de los organizadores de conglomerados seudo-patrióticos, patronales y reaccionarios se digan hoy liberales y se hayan pasado, nada más que de palabra, de un extremo a otro.

Y la medalla tiene reverso: No hay falsos liberales únicamente entre los legados

a última hora, los que por un caso fortuito (sabemos que en estos casos hasta los empresarios de cinematógrafos se reservan el derecho de alterar el programa...) están con los de la izquierda. Los hay, también, y muchos entre los que toda la vida se han llamado liberales y han adoptado—siempre que alguien los observaba—actitudes revolucionarias y han dirigido hasta huelgas universitarias para pedir reformas justas.

Pero un buen día asombran a los ingenios y oímos: «¿Cómo, Fulano en el partido ¿suíta? Mas el asombro es justificado. Fulano, que toda la vida decía que era liberal, no lo fué nunca, precisamente porque siempre lo decía. Y tenía necesidad de decirlo. De otra manera ¿quién le hubiera creído!»

Y los casos son muchos y se repiten con harta frecuencia. Bastaba observar un poco para darse cuenta de ello. Liberales enragé que se tornan católicos. Católicos militantes que asumen falsas actitudes liberales.

Hay que desconfiar, pues. La juventud liberal necesita, para triunfar de los falsos patriotas y de los oportunistas, ser, ante

todo, fuerte. Y para ser fuerte, irremediablemente, tiene que ser sincera. Ya Darío lo proclamó en versos magníficos. Y la palabra de un poeta merece tenerse en cuenta, más ahora en que todo se va en literatura y pose revolucionarias. ¿Podemos confiar, acaso, en la sinceridad de la propaganda extremista que hacen algunos de nuestros grandes diarios, a manera de reclame comercial o político, en muchas oportunidades?

¿Podemos creer en la sinceridad de los que escriben hoy artículos y libros adaptados al gusto del público, con ideas del momento, para que se vendan mucho?

No; de ninguna manera. De los falsos liberales debemos deshacernos y no permitir que exploten lo novedoso, con el sentido de la actualidad, en las columnas de los periódicos liberales, haciéndose pasar por tales. De estos falsos paladines y espíritus finos y blandos y ruines (vuelvo a citar a Darío, por sincero) debemos separarnos, de una vez para siempre; pues ellos son tanto o más enemigos del liberalismo que los mismos reaccionarios. Y de esto he de ocuparme en otra ocasión.

Samuel Gusberg

Asuntos universitarios

El conflicto de La Plata

por

A. Orfila Reynal

(Conclusión, véase el número anterior)

Voto de confianza y clausura

Pero las autoridades no se fueron, a pesar de que debían irse, y una asamblea de profesores reunida con quince días de anticipación por la presión estudiantil, ordenó la reorganización total de Agronomía el 8 de noviembre y dió su voto de confianza, extemporáneo y ridículo, a nuestro entender; democrático y elegante, al decir de un articulista disidente que habla en el núm. 13 de CLARÍN.

Y pese a ese voto de confianza, otorgado por 71 profesores, de los 193 con que cuenta la Universidad, insistimos en que las autoridades debían renunciar, sencillamente, porque su posición moral era la misma que tenían antes de la Asamblea.

Y luego de la Asamblea vino la clausura de la Universidad, efectuada por el presidente exclusivamente, sin autorización de nadie, precisamente yendo en contra de lo estatuido en las reglamentaciones de la Universidad. Y contra esto clamamos, porque con ello iba también un ridículo castigo para las alumnas del Liceo de Señoritas, Colegio Nacional y Escuela Graduada, así como contra la Biblioteca y el Museo, que nada habían tenido que ver con el conflicto y que eran causados por la medida dictatorial del señor Rivarola. Y es de esa medida que protestaron ante el Presidente de la República más de quinientos padres de alumnos secundarios.

Mientras tanto, el señor presidente instalaba en Buenos Aires la sede oficial de la Universidad; y la cuestión de Agronomía y Veterinaria seguía en el mismo pie, y pasaron largos treinta días y el cumplimiento a lo resuelto por la Asamblea de Profesores no se llevaba a efecto, porque el C. S. no se reunía y la Universidad tenía a su frente como autoridad visible, un

sargento de policía con veinte agentes y otros tantos máusers a sus hombros...

El profesorado, en tanto, permanecía impassible, nada hacía por guardar sus fueros ni por salvar su autoridad pisoteada por el presidente.

El asalto necesario

Y ante tanta inmorales, y ante tanto renunciamento de todos, los estudiantes se agitaron en un último y más fuerte arranque de rebelión a su Universidad, para quedar en ella en lugar de los gendarmes que lo ultrajaban. Y allí fué donde se enfureció la gente de uniforme que opraba por mandato de aquel presidente y su C. S. Y vino la salvajada policial con tiros de revólver y golpes de machete; y fué entonces que volaron las sillas y las mesas, y se rompieron vidrios, en defensa de un ataque bruta!

¡Benditas sillas y mesas y vidrios rotos!

Ellos han sido los que hicieron hablar, — ¡recién entonces! — a los altos diarios del país, desde las columnas de los editoriales, aunque mintiendo burdamente a la opinión pública; recién entonces la gente del país supo que en La Plata había un movimiento estudiantil, iniciado por inmorales cometidas; recién entonces, 51 profesores, pidieron asamblea general y el señor presidente en un nuevo grave traspie, la niega, fundado en ridículas razones de leguleyo; recién entonces fué que surgió el divino Comité disidente, como surgió aquel otro Comité Pro-Defensa, al ruido de los vidrios rotos de los caustros de Córdoba...

Ellos vinieron a defender el «principio de autoridad», el respeto al «orden constituido», a solicitar el castigo de los que, con «agitadores de oficio» atentaban contra la «majestad de las instituciones». Palabras entresacadas de sus artículos y manifiestos, ya se conoce bien en esta hora, por quien pueden ser pronunciadas...

Situación interminable

El conflicto de La Plata está en el mismo pie que el 2 de julio de 1919: en Agronomía y Veterinaria viven los mismos malos profesores; no se han investigado los cargos administrativos; el responsable de todos ellos, doctor Clodomiro Griffin ha escapado con jubilación vitalicia; en la escuela de Santa Catalina, dependencia de la Universidad, su director, ingeniero Eduardo S. Raña, responsable de los interminables graves desórdenes cometidos, no ha sido tan sólo suspendido; cobra 435 pesos mensuales y ocupa aún cátedras, con toda frescura; el Consejo Superior, que cuenta con trece miembros, funciona con la asistencia de seis consejeros, dos de ellos, suplentes; el cumplimiento a lo ordenado por la Asamblea del 8 de noviembre, ha sido torcido, y en lugar de hacerse lo que ella ordenara, se hizo lo que precisamente negó. El presidente y los sobrevivientes consejeros superiores, han perdido ya toda su autoridad moral y deben irse.

Es ésta la síntesis del mal que sufre la Universidad más moderna del país; esos hechos dolorosos ocurridos, y que fueron la causa de la crisis grave que hoy se contempla, han mostrado que también este organismo universitario necesita del soplo renovador de la reforma. No nos asusta el cambio que ésta representa, ni las perturbaciones pasajeras que pueda ella ocasionar en un principio; ello no es más que un fenómeno natural a todo cambio brusco de cosas y de sistemas.

La reforma necesaria

Pero la reforma universitaria en La Plata, debe imperar y pronto; aquí es tan necesaria como en las otras viejas universidades argentinas, y, sin su presencia, puede presagiarse que la vida del instituto ha de desenvolverse en un ambiente enfermizo.

Ya los universitarios de La Plata, viven el movimiento de evolución que se presencia. Aquí ya vive la corriente de las nuevas ideas y el problema universitario no es, como no lo fué en Córdoba, ajeno al complejo problema social. El estudiante va compenetrándose de que su ruta es muy otra a la que hasta ayer llevaba, y ha hecho, puede decirse, un cambio de frente.

La situación social del estudiante ha cambiado pues, y en el afán de renovación que ha proclamado la F. U. de La Plata puede sintetizarse una nueva orientación ideológica de esa juventud. Así se le ha visto llegar hasta la tribuna obrera, y derribando los prejuicios ancestrales que la encogecían, supo llamar al trabajador, «compañero», y supo decirle los motivos de sus luchas, comprendiendo que el obrero recibía interesado y con cariño la confesión de esos afanes de juventud, que en nada son ajenos a los que aleinta el trabajador. Y allí en la propia casa del obrero, ha sabido comprender lo hondo del problema que a éste agita en la lucha con la sociedad.

Cuando voten las mujeres que desean votar, adquiriendo así la experiencia negativa del voto, pues ello es inevitable, su esfuerzo dejará de gustarse en la rotación de ese volante al vacío, y su descontento, bien explicable a decir verdad, engrasará la imponente masa cuya resistencia pasiva aísla paulatinamente a los gobiernos en un círculo vicioso de impotencia y de inutilidad.

Leopoldo LUGONES.

Respuesta impropia

Innecesario nos ha parecido responder desde estas columnas, a un artículo que sobre el tema publicó CLARÍN en su número 13, bajo la firma de un estudiante disidente.

Son muchas y muy grandes las falsedades en que incurrir, en su afán de desprestigiar a un movimiento que agita a más de un millar de estudiantes que están dispuestos a sostenerlo hasta su fin definitivo; aún más en este instante, en que cuentan con la decidida y valiente adhesión de los universitarios de Córdoba y Santa Fe, que han resuelto acompañarlos en la huelga general, como lo harán tal vez mañana Buenos Aires y Tucumán.

Pero esas falsedades son explicables, ya que son dichas por quien se confiesa, con mucha sinceridad, empleado de la Universidad, nombrado por las actuales desprestigiadas autoridades. El habla en nombre de un grupito de menos de un centenar de estudiantes, que han formado dos entretenidas agrupaciones, que sólo sirven, en sus actitudes innobles o ridículas, para hacer resaltar, por inevitable contraste, la altura y la nobleza de ese clamor idealista, que hoy agita a la juventud universitaria de La Plata.

La Plata, febrero de 1920.

El hombre paradójico

El hombre paradójico tiene como principal objeto de su vida el decir siempre, hable con quien hable, muchas salidas de tono, muchas frases que él cree originalísimas e impregnadas de genio, y que sólo son extravagancias o necedades dichas con énfasis de elegido. He conocido de cerca a algunos de estos seres desorbitados. Por lo general, es gente que nunca será nada seriamente. Pero ella se venga de la crueldad de su destino aguzando saetas retóricas y sacando filo a pensamientos estafararios que ella cree definitivos. Esta gente paradójica hace reír siempre, a pesar de la seriedad trágica con que habla.

El hombre paradójico sueña, con fatigosa frecuencia, asaltarnos en el café donde tenéis por costumbre concurrir. Se ha hecho amigo nuestro no sabéis cómo. Se sienta a la misma mesa donde os halláis, u os invita a la suya si él se hallaba en el café ya. Está hambriento de que despeguéis los labios para contradeciros en seguida. Así habláis de Schopenhauer, de Amado Nervo... o de Gustavo Martínez Zuviria, o de los botines que os aprietan un poco, el hombre paradójico tendrá fatalmente que replicaros. Reventaría si así no lo hiciera. Vosotros, que ya le conocéis su manía de sobra, le oís como quien oye llover; pero el hombre, como una válvula de escape, se desahoga y os atosiga con una kilométrica disertación llena de cosas raras, con comparaciones traídas por los cabellos, citas que no vienen al caso y todo un fárrago de tonterías, reveladoras del desequilibrio evidente de su dueño.

No obstante, puedo asegurarlo, el hombre paradójico se cree un genio, una lumbrera, un incomprendido... Habla de la Gloria con sarcasmo. Dice que todos los hombres que la persiguen son unos estúpidos vanidosos, muy dignos de que le lustraran cotidianamente sus botines... Como veis, el hombre paradójico es un espíritu superior, aunque digan lo contrario todos los seres mediocres que han dado en censurarlo.

El hombre paradójico, como es un genio, no tiene ninguna convicción de nada, no cree en nada ni en nadie: a él le basta el

espectáculo de sí mismo. Satiriza a los que pretenden reformar el estado social en que vivimos, aunque diga, por otra parte, que nuestra sociedad es una charca putrefacta, muy digna de borrarse con toda la tierra del mundo. Además, a veces, dice que los proletarios tienen razón en pedir lo que piden, sin perjuicio de que, de pronto, os diga que a los obreros hay que darles una paliza para que dejen de soñar en utopías y se contenten, como los cerdos, con su destino de miserables.

Vais conociendo cómo el hombre paradójico es digno de observación; veis también cómo es un ser prodigioso, cuajado de ideas propias y a una madurez mental que para sí la quisieran muchos sabios de renombre que pululan por ahí.

Claro está que, a veces, no estáis de buen humor, cosa que puede sucederos, aunque seáis optimistas por enfermedad, y entonces os dan unas ganas de estrangularte tales, que guardáis las manos febriles en los bolsillos, no sea que se vayan, sin quererlo uno, a la garganta del genio. Parece ser que el hombre paradójico ha oído vuestro estado de ánimo, porque en seguida se encierra fúnebremente en su mutismo, o se retira inopinadamente. ¡Más vale así, que tenga la perspicacia de comprender que el horno no está para bollos!... De lo contrario, las estadísticas de homicidios serían más pavorosas de lo que ya van siendo...

El hombre paradójico, a mi entender, mal que le pese a su convicción de genio, es un pobrecito fracasado de la vida y de todo. Se ha reufugado en la paradoja como al abrigo de tormentas. Cuando quiere dejar de ser payaso, resulta más ridículo todavía. Está visto que su doloroso y grotesco destino es ser siempre así: llevar la contraria a todo el mundo por la contraria misma. Su voluptuosidad más profunda está en originar una controversia. Entonces le veréis feliz, henchido de una salvaje alegría de antropófago. Es cuando hace más lujo de sus extravagancias y se deleita con el asombro, con la estupefacción general de cuantos tienen la paciencia de escucharle.

El hombre paradójico es un hombre que ha leído poco y mal. Empero, habla con una familiaridad de Nietzsche, que os parece que ha dormido en el mismo lecho o comido en la misma mesa con el autor de «Así hablaba Zaratustra». Dice a voz en cuello que él ha sido el único que ha interpretado el espíritu parábólico y complejísimo de Federico Nietzsche; niega capacidad intelectual a cuantos ha conocido, para interpretar fielmente las paradojas monumentales del loco germano; afirma que su espíritu es gemelo del autor de «La gaya ciencia»; pero que, más grande todavía que él mismo, no escribirá jamás sus paradojas para el público.

Yo, mientras le oigo decir estas genialidades, pienso: «¿Cuánto mejor sería que este hombre llenara las librerías con sus libros paradójicos, con tal que aquí, mientras sorbo con voluptuosidad mi inefable cerveza, permaneciera más silencioso que una esfinge, dejándome empapar de belleza, contemplando la sana alegría de las mujeres, que pasan con los ojos cargados de promesas!...»

López de Molina

Rosario, diciembre de 1919.

A la burguesía contemporánea se le antoja admirable cuanto desaparte la idea de la violencia. Nuestro burgueses anhelan morir en paz. Después de ellos, el diluvio.

Jorge SOREL.

Historia Natural

Todavía

Los párrafos que van a continuación, forman parte de la orden del día leída a los conscriptos del regimiento de Granaderos a Caballo, el 12 de febrero, conmemorando el 103 aniversario de la batalla de Chacabuco:

«Soldados, la formación de este momento no responde a la simple recordación de aquel hecho histórico, para nosotros tiene un significado mucho mayor, es honrar la memoria de aquellos héroes que rindieron su vida en el altar de la patria y la de los que, con su sangre generosa, regaron el campo de Chacabuco, así también honramos a nuestra patria.

Soldados, silencio... abrid vuestros corazones y encerrad para siempre en ellos los nombres de los héroes capitán Manuel Hidalgo, muerto; capitán Luis Pereira; tenientes Pedro Noalles, Eugenio Necochea y Manuel de Olazábal; afores José Bragado y José Villanueva, heridos.

¡Soldados! Chacabuco es un blasón de gloria grabado con la punta de un corvo de los Andes, en el escudo histórico del regimiento, esa es nuestra herencia de gloria a vosotros o: toca conservarlas.

Ética periodística

Reproducimos de «La Nación» del día 13 del corriente:

UNA ACLARACION

El último folletín del señor Paul Groussac, publicado en «La Nación», contenía algunas alusiones referentes a D. Aarón de Anchorena. Nuestro director, que se encontraba ausente de la ciudad, no pudo evitar su aparición requiriendo del autor la omisión de esos párrafos, que no eran esenciales en el artículo y, por ello y por las vinculaciones amistosas que lo unen al señor de Anchorena, encargó espontáneamente a su secretario, que se encontraba veraneando en Mar del Plata, que le expresara la circunstancia anotada.

Con tal motivo recibió ayer del señor de Anchorena la siguiente carta:

«Febrero 12.20.—Mi querido Jorge: Llego en este momento de Mar del Plata, adonde he recibido la visita de tu secretario, quien me expresó muy gentilmente el disgusto que te ha ocasionado la publicación del señor Groussac referente a mi persona, en tu ausencia en San Isidro.

«No habiéndole dado nunca motivo al señor Groussac para esa agresión, y cohibido por razones que a nadie escaparán, me veo en la necesidad de dejar a los demás el juicio de sus groseras y gratuitas alusiones, tan poco dignas y, sobre todo, tan poco francesas.

«En cuanto a la substancia misma del asunto no le he atribuido nunca ningún mérito, pero creo, sin embargo, que es de lo menos malo que he hecho en mi vida.

«Pidiéndote la publicación de estas líneas, te saludo con el afecto invariable de siempre.—Aarón de Anchorena.



Subrayamos

En los Estados Unidos
Un mundo convulso

por

Luis Araquistain

Reproducimos de uno de los últimos números de la revista «Español», el siguiente artículo que su ilustre director, don Luis Araquistain, enviara desde Washington, a donde fuera en calidad de delegado al Congreso del Trabajo.

Procesos biológicos

HAY que regular a la Grecia o a la Roma antiguas para encontrarse con un fenómeno histórico tan henchido de turbulencias biológicas como los Estados Unidos. Las crisis de los pueblos europeos son crisis de madurez, procesos fundamentalmente intelectuales, no de crecimiento, no instintivos, como las de la República norteamericana. De Europa se trae una impresión de plenitud espiritual y de comienzo de desgaste físico: un pueblo o un continente sólo están sujetos a acrecentamiento orgánico mientras reciben emigraciones, y Europa, al contrario, las suministra. El Norte de América, en cambio, suscita una impresión inversa: la de inmadurez espiritual y progresivo agrandamiento físico. Este contraste con una vida corpórea desbordante hierde, de primera intención, la sensibilidad del europeo. Raro es el europeo que se sustrae a la tentación psicológica de condenar sumariamente este país como valor histórico. Pero si lográramos abstraernos del presente circunscrito y lo proyectáramos en un futuro indefinido, como inmenso foco de posibilidades; en una palabra, si pudiéramos contemplar este país, no como un término cristalizado, sino como un principio de caótica gestación, no bajo nuestra subjetividad psicológica, sino con laleal objetividad histórica, no desde un punto de vista del ayer y del hoy, sino del mañana, habríamos de reconocer que los Estados Unidos representan, después de Grecia y Roma, la mayor polarización humana que se ha dado en la Historia.

Blancos contra negros

Ahí, en su agitación biológica, reside el principal interés de este país. La mayor parte de sus manifestaciones sociales son actos de biología colectiva; actos para defender lo ya adquirido y actos apertentes de nuevas adquisiciones. En los pueblos europeos, los hombres luchan por ideas y por intereses de clases; en los Estados Unidos, por impulsos sociales. Para la nación americana existe una serie de razas cuya ingerencia e infiltración debe evitarse o reducirse, y otra serie de razas y pueblos que necesitan, para su perfeccionamiento, de la infiltración e ingerencia de los norteamericanos. Los primeros son los bárbaros de tendencia invasora; los segundos, los bárbaros que están pidiendo o, por lo menos, requiriendo una acción interventora de tutela.

En el extremo inferior de la escala de razas cuya influencia tratan de excluir los Estados Unidos, están los negros, los esclavos de ayer, ilotas todavía hoy, porque aunque estén reconocidos sus derechos civiles en la letra de la ley, se los niega la

costumbre. El problema de los negros es, a juicio de los observadores más desapasionados, el más arduo de los Estados Unidos. Se les estimaba, por su utilidad, mientras eran esclavos; hombres libres, se les repudia y se les teme. A ello contribuye un tradicional prejuicio de razas, que ve en el negro un ser inferior, poco más digno que las bestias. Al mismo tiempo, se les teme por su supuesta crueldad, que de ser cierta, ha de deberse seguramente en gran parte al cúmulo de vejaciones y malos tratos, pasados y presentes, padecidos por la población negra. Sin duda, si esta raza lograse, por la fuerza o por el número, una preponderancia en la República norteamericana, sus represalias, probablemente, habrían de ser terribles. Pero tal vez no habría represalias si antes no hubiera habido hondos agravios. No sé por qué se me figura que también se los teme por su inteligencia y su imaginación; cuando la raza negra tenga acceso a todas las formas y grados de la enseñanza y, en general, de la vida del espíritu, quién sabe cuál será su potencia creadora de cultura.

Pero la aversión y el temor no bastan para resolver el problema; en realidad, lo prolongan indefinidamente. Los Estados Unidos no pueden prescindir de esta raza de unos nueve millones de habitantes, en un total de noventa millones. No pueden extirparla. No pueden destruirla. No pueden tenerla aislada perpetuamente. Es fatal que tengan que asimilarla. De otra suerte, los peligros de esta raza, desdeñada e irritada, son cada vez mayores, porque el crecimiento de la población blanca disminuye relativamente, y el de la negra aumenta. Con este grave problema, los Estados Unidos están expiando un grave pecado histórico: el de la esclavitud y la separación de razas.

«La carne contra el arroz»

Después de los ilotas, los negros, vienen los bárbaros, los extranjeros. Los hay de diversas categorías. La raza menos deseada por los norteamericanos, después de la negra, es la amarilla. Pero, a su vez, ésta se subdivide en dos categorías: la china y la japonesa. Los chinos representan la plebe de la raza amarilla; los japoneses, la aristocracia. Los Estados Unidos temen a ambos y la cierran sus puertas. A los chinos, a los coolies asiáticos, porque venden barata su mano de obra y hacen imposible la competencia a los trabajadores blancos. Los norteamericanos, al no querer admitir a los chinos en el seno de la sociedad, defienden un más alto *standard* de vida, un más alto tipo de existencia. Tan profundo es este instinto de defensa biológica, que la propia Federación Americana del Trabajo, el órgano más autorizado de la clase obrera de los Estados Unidos, tiene publicado un folleto con los siguientes elocuentes títulos: *Algunas razones para la exclusión de los chinos.—La carne contra el arroz.—La masculinidad americana contra el coolismo asiático.—¿Cuán sobrevivirá?* El problema es también profundo: por una parte, ¿es justo impedir que emigre un pueblo, tan denso de población que ape-

nas cabe dentro de su territorio, a países menos poblados y más productivos? Por otra, ¿es justo consentir que una emigración rebaje, con una mano de obra despreciada, el nivel de vida de la población indígena? He ahí una de las tragedias de la Historia a las cuales, impotente la razón, no se les ve una solución pacífica.

Los japoneses encarnan también, para los Estados Unidos, el mismo peligro que los chinos: la baratura de la mano de obra. Pero al mismo tiempo, otro peligro: el de la concurrencia económica. Los chinos representan una amenaza para el trabajo americano; los japoneses, para el trabajo y para la producción y el comercio americanos. Los chinos traen, exclusivamente hasta ahora, una competencia de esfuerzo manual; los japoneses, eso y una competencia intelectual, directiva, técnica. Además, los japoneses no se limitan a disputar a los Estados Unidos un puesto al sol en su propio territorio, sino que son el mayor obstáculo, hasta ahora pacífico, pero quién sabe si algún día violento, a la expansión norteamericana hacia Asia. Entre América y Asia, dos grandes potencias biológicas, buscan su ley de vida en direcciones antagónicas. ¿Será inevitable el choque?

Biología contra ideología

En un grado inmediatamente superior a la raza amarilla, aparece la heterogénea inmigración extranjera de origen europeo, principalmente latinos y eslavos. También les miran con hostilidad, por diversas razones: los obreros norteamericanos, porque a su llegada de países más pobres, propenden, como es natural, a dar la mano de obra más barata que los indígenas, aunque no tanto como los inmigrantes amarillos; los patronos, porque estos inmigrantes europeos, al advertir su desventaja económica, procuran colocarse al nivel de los nacionales y su malestar espiritual es un constante fermento de huelgas y agitaciones sociales; las clases directoras de la sociedad, porque algunos de estos inmigrantes importan consigo doctrinas políticas que en los Estados Unidos se juzgan subversivas. Todo lo que se sale de la órbita de la política americana, se considera anarquista. Socialismo y sindicalismo son aquí iguales a anarquismo. La misma palabra radical significa en los Estados Unidos algo nefando e ignominioso. Todos estos extranjeros que viven organizados fuera de los partidos vigentes y de la Federación Americana del Trabajo llevan una denominación común, ominosa como un estigma: son los rojos.

Nada hay ilícito contra estos rojos: les puede linchar la muchedumbre, como ese miembro de los *Industrial Workers of the World* (los Trabajadores Industriales del Mundo), asociación conocida por sus iniciales de «I. W. W.», que apareció colgado de un puente en Centralia, días atrás de este mismo mes de noviembre; la policía puede asaltar sus domicilios sociales, apresar sus personas, incautarse de sus cajas y de sus publicaciones y cazarlos a tiros si es menester, bajo el pretexto de cualquier supuesta conspiración para derrocar el Gobierno, como ocurrió en vísperas del aniversario de la República rusa de los Soviets, en que fueron detenidos más de quinientos rojos y encarcelados o deportados. Después del Zarismo ruso, ningún país ha seguido una política de represión tan violenta, de represión tan radical de las libertades de prensa, de asociación, de reunión y de las personas como la burguesía norteamericana. Es el instinto que se defiende biológicamente de toda intrusión ideológica.

Americanismo contra universalismo

Pero el proceso de defensa no se detiene en los extranjeros. El mundo se divide, en los Estados Unidos, en extranjeros y norteamericanos. Pero los norteamericanos se subdividen en dos categorías: los muy norteamericanos, los que son norteamericanos hasta el infinito, los patriotas sin límite que colocan a su nación sobre el mundo entero, los del «North-America over ale in the world», hermano del vencido «Deutschland neber alles in der Weets», y los menos norteamericanos, esto es, los norteamericanos de espíritu crítico e ideas universales. Estos son los espurios, y su acción en la política y en la Prensa es insignificante y duramente vituperada. Todo el mundo rivaliza aquí sobre quién posee mayor dosis de americanismo. Pobre del que en la vida política o social no procure superar a sus concurrentes en ardor americanista. Se le expulsará con vilipendio de la Universidad donde enseñe veinte años, como a un profesor de la de Columbia, por el crimen de ser sospechoso de ideas radicales; se le expulsará del Parlamento, como hace unos días al diputado Berger, por el delito de ser socialista; se le excluirá de los negocios; se hará el vacío en torno de sus periódicos y de sus libros. Un febril pugilato de nacionalismo pasa, como un viento morbos, sobre todo el país. ¿Quién es más americano? El éxito va, en todos los órdenes, detrás de quien más alto grite su americanismo. Un espíritu crítico y universal es como a un leproso moral a quien debe aislarse, por lo menos.

Capitalismo contra independencia

Los Estados Unidos se defienden de las invasiones migratorias de hombres; pero su capital es a su vez emigrante y necesita de países donde pueda invertirse con lisonjeras perspectivas de lucro. Un nacionalismo biológico va aparejado a un imperialismo biológico. Cuba es una colonia económica de los Estados Unidos, como lo es Panamá, como lo es Santo Domingo, como está a punto de serlo Nicaragua.

CARICATURA EXTRANJERA



Woodrow Wilson, Vencedor en Versailles, Vencido en Washington.

«Revista de Revistas», México

como se quiere que lo sea Méjico; en suma, como se aspira a que lo sea todo el Norte y el Centro de América. El gran cuerpo creciente necesita cerrarse a las nuevas células hambrientas y perturbadoras — los emigrantes extranjeros —; pero también necesita absorber sustancias extrañas a su organismo — ajenos territorios inexplorados —. Esta actividad apetece puede asumir varias formas externas, según el grado mayor o menor de resistencia del país codiciado, que se convertirá, consiguientemente, en una «zona de influencias», en un «protectorado» o en una «colonia». Los Estados Unidos vuelven también sus ojos a Asia, como posibilidad nutritiva; pero allí interpone el Japón una barrera enojosa. En América no hay obstáculos a la expansión americana. La doctrina de Monroe protege a América contra toda intervención europea; pero no contra la intervención de los Estados Unidos en el resto de las naciones americanas. La Liga de las Naciones prevé en su artículo 10 un género de protección universal: «Los miembros de la Liga se comprometen a respetar y preservar contra una agresión externa, la integridad territorial y la independencia política existente de todos los miembros de la Liga». La Liga de Naciones es un correctivo de la doctrina de Monroe o, si se quiere, su completamiento. Pero el Senado norteamericano, inspirado en un espíritu de expansión, que es una degeneración del monroísmo, no acepta estas limitaciones de la Liga, y así se da la paradoja de que esa institución internacional, que es obra de Wilson, sea ahora rechazada de hecho por el Parlamento norteamericano. Esto quiere decir que Wilson y su partido demócrata, con lo que en ambos hay de idealismo y universalidad, están ya derrotados por el más agudo nacionalismo y el imperialismo que representa el partido republicano.

El «palo grande»

En estos períodos de intensa actividad biológica, los pueblos aspiran a una política de energía. Ese es el anhelo de los Estados Unidos en estos instantes: una política de energía contra los extranjeros que quieren acudir al festín de esta nación y contra los propios americanos que, con sus huelgas e independencia de criterio, detienen el río de oro que va a acrecer el mar del capitalismo; y una política de energía también contra esos países americanos donde la inquietud política estorba a la plácida marcha de los dividendos norteamericanos. Falta un hombre que en carne esta política, y no hallándole, la nación le busca entre sus muertos. Ya le ha encontrado en Roosevelt. El primer aniversario de la muerte del hombre del abig stick, del palo grande, ha sido una inmensa apoteosis nacional. Se ha glorificado su espíritu como el de un Mesías, y si no aparece pronto el hombre requerido por esa turbulencia biológica, bien se podrá decir de Roosevelt, como del Cid, que ganaba las batallas después de muerto. La sombra de Roosevelt es hoy el enemigo más formidable de Wilson y del partido demócrata.

¿Crisol o bomba?

Hay una comedia, *The melting pot* (El Crisol), del judío Zangwill, donde plantea el problema de la fusión de su raza en el gran crisol norteamericano. Todos los Estados Unidos son un gigantesco crisol de razas, esto es, de instintos. El gran problema es este: ¿se llegará a un equilibrio por fusión o por exterminio? La tendencia ahora parece de exterminio mutuo, el re-

curso de la fuerza como solución única, en el interior como en el exterior. Situations entre Europa y Asia, los Estados Unidos serán por muchos años venideros el centro de la Historia Universal en sus manifestaciones menos intelectuales y más biológicas. Estudiar los Estados Unidos es capacitarse para anticipar el futuro; tal vez un futuro más sombrío y trágico que el que muchos esperaban al término de la guerra.

Washington, noviembre de 1919.

Tiros al aire

La Liga de las Naciones

Con más o menos dificultades, se va echando a rodar el mecanismo de la Liga de las Naciones iniciada por el presidente Wilson.

Nosotros deseamos vivamente que el gobierno argentino preste su más decidida cooperación a la Liga, pero contribuyendo a que su organización y procedimientos se democratizen de más en más.

Holganza

Dijo nuestro ameno Chauvin es uno de sus memorables discursos de plazoleta que en nuestro país sólo existen dos clases de personas que no trabajan: los enfermos y dementes, y los agitadores de oficio.

Nosotros podemos agregar otra doble variedad de holgazanes, con los agravantes de la buena salud y perfecta ponderabilidad: la de los políticos sin programa y la de los patriotas de profesión.

Va la idea

Declara Hartshorn, miembro de la Cámara de los Comunes y leader de los mineros británicos:

«En mi opinión deberemos estar en plena huelga dentro de seis semanas. Si se planteara el dilema de si se debe declarar la huelga para obtener aumento de salarios o para conseguir la nacionalización de las minas, yo creo que los mineros se decidirían por la nacionalización».

Creemos que se impone la creación de una «brigada de residentes londinenses» que ponga coto a las ideas avanzadas de tan peligroso agitador profesional.

El «Bahía Blanca»

El P. E. ha pedido al Gobierno Británico una declaración pública, dejando constancia de su perdón en este zarandeado asunto del «Bahía Blanca», a fin de que los cargadores «sepan a ciencia cierta que el barco tiene permiso para navegar».

Esto de los cargadores y de la navegación tiene, por supuesto, una importancia muy secundaria. Lo urgente del caso es que los partidos opositores — quién sabe por qué curiosa preferencia — se han especializado en este asunto para demostrar al pueblo en qué manos ha caído el gobierno de la Nación.

Para los brigadieres

Habla Leopoldo Lugones: «Los defensores del orden no saben ni pueden distinguir. La rebelión es para ellos el crimen supremo, sobre todo cuando alardean de demócratas y campeones de la justicia social, no habiendo, como es sabido, cuña peor que la del mismo palo».

"VIRTUS"

Revista argentina de bibliografía. Se publica mensualmente con información completa de todo el movimiento bibliográfico argentino y extranjero.

"Virtus" se edita lujosamente en fascículos no menores de 32 páginas y se remite gratis a quien la solicite.



Editorial
"VIRTUS"
Esmeralda 70
Buenos Aires